

HEREGIA DE EUTIQUES.

LA heregia de Nestorio dió motivo á otra que despues siguió, no menos contraria al dogma de la Encarnacion. Eutiques, impugnando la heregia de Nestorio, se extravió él mismo. Enseñó que no habia en Jesucristo mas que una sola naturaleza despues de su Encarnacion. De este modo el espíritu humano no evita un error sin que caiga en otro; pero la Iglesia, gobernada por el espíritu de Dios, condena todos los errores. Nestorio habia dividido la persona de Jesucristo, y Eutiques confundió las naturalezas. Era éste superior de un monasterio, cerca de Constantinopla, y habia mostrado mucho celo en sostener la unidad de la persona contra Nestorio; mas esta separacion, que lo libertaba del nestorianismo, le hizo caer en la heregia opuesta; y este error no escitó menos disturbios que el de Nestorio. El nuevo heresiarca no se esplicó al principio; mas despues procuró estender su error en los monasterios de Constantinopla. Sus amigos hicieron los esfuerzos posibles para disuadirlo, y evitar una conmocion escandalosa; pero todo fué inútil, y Eutiques mostró una obstinacion inflexible; desde luego se creyeron obligados á denunciarlo ante San Flaviano, patriarca de Constantinopla. El santo prelado, despues de haber apurado todos los medios de la dulzura, reunió á los obispos que se hallaban en la capital del imperio: citó al novador para que se presentase á la asamblea; pero por mucho tiem-

po no quiso comparecer. Como Eutiques persistia en su errada opinion, condenaron su doctrina, y le quitaron el gobierno de su monasterio. Encontró el novador apoyo en la corte contra su obispo. Crisafó, uno de los principales ministros del emperador, lo sostenia con todo su valimiento. Éste era un bárbaro, cuya estravagante figura hacia todo su mérito: avaro, cruel, impío, en una palabra, reunia todos los vicios, dominaba al espíritu del príncipe, y él solo dirigia todas sus disposiciones. Obtuvo de Teodosio el que se discutiese el asunto de Eutiques nuevamente, en una junta de obispos: hizo que se nombrase para presidente á Dióscoro, obispo de Alejandría, amigo de Eutiques, y dispuesto de antemano contra San Flaviano. Crisafó se constituyó señor absoluto de esta asamblea, donde todo se hizo con violencia; y fué mas bien una reunion de bandidos, que una asamblea eclesiástica. Llevó á ella dos comisarios del emperador, los cuales entraron con soldados, que llevaban las cadenas, y amenazaban con las mas grandes violencias á todos aquellos que no se sujetasen á las disposiciones del valido del emperador. En medio de este tumulto, Eutiques fué absuelto, y San Flaviano condenado. Como muchos rehusaban suscribirse á este juicio inicuo, cerraron las puertas, y obligaron por fuerza á los obispos á firmarlo. Aquellos que no cedieron á la violencia, fueron enviados al destierro, y entre otros, San Flaviano, á quien descargaban golpes cuando caminaba, y que murió pocos dias despues. El emperador Teodosio, que se habia dejado sorprender, no les sobrevivió mucho tiempo: la confianza ciega que dió á su privado indigno, marchi-

tó la gloria de su reinado, cuyo fin fué tan funesto, como habian sido felices sus principios. Le sucedió el emperador Marciano, príncipe religioso, que empleó sus primeros cuidados en mantener la pureza de la fé.

(AÑO 451 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO GENERAL DE CALCEDONIA.

SAN LEON, que entonces ocupaba la cátedra de San Pedro, sintió vivamente la llaga que se habia hecho á la Iglesia, y se dedicó á aplicarle el remedio: era á la verdad el mas eficaz un concilio ecuménico. El emperador Marciano, segun el deseo del santo pontifice, lo convocó en Calcedonia, uno de los arrabales de Constantinopla, porque queria asistir á él personalmente, y cuidar del buen orden. Se reunieron trescientos sesenta obispos en la Iglesia de Santa Eufemia, y se tuvo la primera sesion el dia 8 de Octubre del año 451. No pudiendo asistir á él San Leon, envió tres legados que presidiesen á su nombre. Se colocó el libro de los Evangelios, como en el concilio de Éfeso, sobre un trono, en medio de la asamblea. Se dió principio á la sesion, ecsaminando la conducta violenta é injusta de Dióscoro, con respecto á S. Flaviano: se le echó en cara el que hubiese pisado todas las reglas canónicas; y pronunciaron contra él los padres, la sentencia de deposicion. Leyeron la carta admirable

que San Leon habia escrito á Flaviano, desde que comenzó á manifestarse esta heregía, en la que el santo doctor habia espuesto con tanta solidez como claridad, la fé católica, sobre el misterio de la Encarnacion; conviene á saber, la unidad de la persona y la distincion de las naturalezas en Jesucristo. La doctrina que en ella se contenia, se halló enteramente conforme al símbolo de Nicéa y al de Constantinopla: fué por tanto, unánimemente aprobada, y recibida como una regla infalible de fé. “Todos “nosotros, exclamaron los obispos, creemos lo mismo: esta es la fé de nuestros padres, esta es la fé “de los Apóstoles: el mismo Pedro es el que ha hablado por boca de Leon: es preciso recibir esta doctrina como ortodoxa: sea anatema aquel que así “no lo crea.”

Los padres del concilio estendieron luego una confesion de fé, en la cual, despues de haber traído los símbolos de Nicéa y Constantinopla, se expresan en estos términos:

“Nosotros declaramos, que se debe confesar á “Ntro. Sr. Jesucristo único y solo verdadero Dios “y verdadero hombre, perfecto en una y otra naturaleza; consustancial al Padre, segun la divinidad, “y á nosotros segun la humanidad: engendrado del “Padre ante todos los siglos, segun la divinidad; y “nacido en tiempo de la Santísima Virgen María, “segun la humanidad: uno solo y el mismo Jesucristo Sr. Ntro. en dos naturalezas, sin confusion, “sin mutacion, sin division, sin separacion, sin que “la union quite la diferencia de las naturalezas; al “contrario, la propiedad de cada una se conserva y “concorre en una sola persona; de suerte que es él

“solo, y el mismo hijo único, Dios, Verbo, Ntro. Sr. Jesucristo.”

El emperador asistió personalmente á la sesta sesión, y declaró que á ejemplo de Constantino no había querido entrar á esta santa asamblea, mas que con el fin de sostener con la autoridad imperial las decisiones del concilio, y no para obligar á que se inclinase á alguna parte la votación. Todos los obispos exclamaron: viva el nuevo Constantino, viva el religioso emperador y la católica emperatriz: reine por muchos años felizmente Marciano el amante de Ntro. Sr. Jesucristo. El emperador hizo que se leyese la definición de fé decretada por el concilio; y cuando concluyeron su lectura, preguntó si estaban todos conformes acerca de lo que acababan de oír. Todos exclamaron: nosotros no tenemos mas que una sola fé y una sola doctrina; tal es la fé de los santos doctores, tal fué la de los Apóstoles; esta es la fé que ha salvado al universo. Nuevamente resonaron las aclamaciones, y con un nuevo transporte se repitieron los nombres de *Nuevo Constantino*, de *Nueva Elena*, y todos aquellos títulos que con mas espresion daban á conocer el amor y el respeto. El emperador dió orden de que se ejecutasen los decretos del concilio, por una ley, en donde dice: que disputar ó querer buscar ya despues de esta decisión la verdad, es desear hallar únicamente la mentira.

GRANDES CUALIDADES DE SAN LEON PAPA.

SAN LEON habia sido suscitado por Dios principalmente, para combatir la heregía de Eutiques;

mas no fué este solo el servicio que hizo á la Iglesia. Este grande hombre libró dos veces á su pueblo en tan críticas circunstancias, que parecian irremediabiles. Atila, rey de los Hunos, que se habia adquirido el nombre de *azote de Dios*, despues de haber llevado todo á fuego y sangre en la Italia, dirigia su marcha ácia Roma, con el fin de hacer sufrir la misma suerte á esta ciudad. El emperador, que no se hallaba en estado de defenderse, consultó al senado sobre el partido que en tales circunstancias debia tomar. No se halló otro recurso que el de mandar al rey bárbaro una diputación, para procurar alcanzar de él la paz. El papa S. Leon, persuadido á que Dios dispone, segun le agrada, de los corazones mas inflexibles, se encargó de esta peligrosa negociación; y la ejecutó con tanta intrepidez, que impuso á este inhumano conquistador. Atila no representaba en su exterior grandeza alguna; pero todo en él era terrible, y estaba retratada en su aspecto la ferocidad de su origen: era de baja estatura; tenia el pecho ancho, la cabeza disformemente abultada, los ojos centellantes, escasa la barba y cabello, al cual las fatigas de la guerra habia en su mocedad emblanquecido; la nariz chata, el color del rostro atezado, el modo de su paso fiero y amenazante. San Leon, protegido de un poder invisible, pero superior á todas las fuerzas humanas, se presentó con un aire firme delante de este príncipe, á quien los mas poderosos reyes, sus feudatarios, no fijaban la vista sino temblando: le habló con respeto, pero con fortaleza, para obligarle á que volviese la tranquilidad á la Italia. La firmeza del prelado asombró á este príncipe feroz, y dijo á los que le ro-

deaban: yo no sé por qué las palabras de este sacerdote me han conmovido tanto. Mostrándose mas tratable, escuchó las proposiciones que le hizo el emperador, y desde luego mandó cesar las hostilidades, y retiró su ejército de la Italia. Tal es el imperio de la virtud, que ella sola basta para apaciguar los ánimos mas feroces. Casi tres años despues, el santo pontífice dió otra prueba semejante. Jenserico, rey de los Vándalos, vino á su vez á devastar la Italia, y dejó por todas partes señales de su crueldad: cuando se acercaba ya á los muros de Roma, San Leon se presentó delante de él, y le pidió que perdonase la vida á los ciudadanos. Le habló con tanta dignidad y sabiduría, que consiguió ablandar á este príncipe sanguinario: obtuvo de él que no se emplease ni el fuego ni la espada, y que no hiciese daño á los edificios y habitantes de esta gran ciudad. San Leon no hizo, entre tanto, mas que retardar la caída del imperio romano en Occidente. Las provincias diversas que lo componian, llegaron á ser, poco despues, la presa de muchos pueblos bárbaros, que sucesivamente la invadieron. Hodoacre, rey de los Hérules, se hizo señor de la Italia el año 476, y destruyó este imperio: le dió el último golpe con la toma de Roma, y borró hasta su nombre en el Occidente, tomando el título de *Rey de Italia*, que él por ventura juzgó mas glorioso que el de emperador. En la general confusion que resultó de este grande acontecimiento, las naciones bárbaras se arrojaron sobre las provincias que mas les acomodaban; y unas despues de otras, ocurrian á participar de los despojos de este vasto cuerpo. Así, el imperio mas poderoso del mundo quedó

destruido cerca de 1.228 años, despues que Rómulo puso sus primeros fundamentos. Ejemplo bastante claro de la vicisitud de las potencias de la tierra mas firmes. No son solamente los vasallos y los reyes los que con tanta prontitud pasan y desaparecen; los mismos reinos llegan á su fin; y ningun otro imperio hay que aquel que Ntro. Sr. Jesucristo ha establecido por medio de su cruz, que pueda subsistir para siempre.

(AÑO 493 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE LOS FRANCOS.

CUANDO llegó el tiempo en que el imperio romano debía sufrir en Occidente su última ruina, no abandonó Dios la Galia, noble parte de la cristiandad, á los caprichos de los príncipes idólatras: llamó á la fé á Clodoveo, rey de los francos. Este pueblo, salido de Germania, se habia establecido ya en las Galias. El príncipe, aunque era todavia pagano, se desposó con una princesa cristiana de gran virtud. Clotilde (este era el nombre de la virtuosa reina), le hablaba con frecuencia sobre la religion cristiana: ella le hacia conocer en sus conversaciones particulares, la vanidad de los ídolos; pero el rey oponia alguna resistencia á sus razones. Entre tanto, Clotilde obtuvo de él que se bautizase un hijo que habia dado á luz. El niño murió pocos dias despues de su bautismo, y Clodoveo culpaba á

la reina, y atribuía esta muerte á la cólera de sus falsos dioses. Clotilde no se acobardó por esto: la fé viva de que estaba animada, enjugó las lágrimas que la ternura de madre le hacia derramar, y la sostuvo en su afliccion: tuvo otro hijo, que tambien hizo bautizar. El niño cayó enfermo, y el rey la aseguraba que moriría indubitablemente como su hermano, porque, como él, habia recibido el bautismo: ocurrió Clotilde á la oracion; y Dios, contentándose con haber probado su fé, recompensó su mérito, y concedió al príncipe la salud. Las grandes cualidades de Clodoveo, y las esperanzas que habia de su conversion, le ganaron el afecto de sus nuevos vasallos: en todo su reino se ofrecian los mas ardientes votos para que Dios se dignase iluminarlo: fueron oídas del Señor estas súplicas, y plugo á la divina Providencia que la conversion de este príncipe, de la cual pendia la de toda la nación francesa, sucediese por un milagro semejante á aquel que antes habia ganado al gran Constantino para Jesucristo. Una milagrosa victoria fué para estos dos príncipes el motivo mas poderoso que les hizo abrazar el cristianismo. Los alemanes, pueblo guerrero de la Germania, á la cual dieron despues su nombre, habian pasado el Rhin, y se dirigian ácia la Galia para conquistarla. Clodoveo marchó contra ellos, y los encontró en las llanuras de Tolviac, ducado de Juliers. Antes de su partida le habia dicho Clotilde que si deseaba obtener con seguridad la victoria, debia invocar al Dios de los cristianos. Se dió principio al ataque, y las tropas de Clodoveo comenzaban á rendirse y desordenarse. Este primer movimiento de desorden, dió nuevo ardor á los alema-

nes, que ya se creían victoriosos. En este conflicto, Clodoveo se acordó de la advertencia de Clotilde; y dirigiéndose al Dios de su virtuosa esposa, dijo en alta voz: “¡Oh Dios á quien adora Clotilde, socorredme: si os dignais concederme la victoria, á tí únicamente reconoceré y adoraré por mi Dios!” Dios habia señalado este momento para darse á conocer á Clodoveo por sus beneficios. Apenas este príncipe habia concluido su oracion, cuando la victoria se declaró por parte de los francos. Los alemanes huyeron precipitadamente; y todos aquellos que escaparon de la muerte, se rindieron á discrecion.

BAUTISMO DE CLODOVEO.

ES indubitable que esta victoria fué milagrosa, y la nacion guerrera de los francos conoció claramente que el Dios de Clotilde era el verdadero Dios de los ejércitos. Clodoveo volvió, pues, á las Galias, con sus tropas, á cumplir el solemne voto que habia hecho. Le ocupaba un religioso empeño en adquirir la instruccion necesaria de nuestros misterios, imponiéndose en ellos aun durante su marcha: tomó para este fin, al pasar por Toul, á un santo presbítero, llamado Vaast, que tenía una gran fama de virtud. Clotilde quedó transportada de gozo luego que tuvo noticia de la victoria, y particularmente de la conversion de Clodoveo. Ella fué á encontrarlo hasta Reim, y le felicitó por las disposiciones en que lo veía, mas bien que por la prosperidad de sus

armas. San Remigio, obispo de esta ciudad, á quien Dios habia adornado de talentos y virtudes, y que habia ocupado esta silla para ser el Apóstol de los francos, acabó de instruir al rey. Clodoveo no deliberó mas sobre su mudanza: reunió á sus soldados y los eshortó á que siguiesen su ejemplo, renunciando los ídolos vanos, para adorar á Dios, á cuyo poder habian debido la victoria. En aquel momento fué interrumpido por las aclamaciones de los francos, que por todas partes esclamaban: "Nosotros renunciamos á los dioses mortales, y estamos dispuestos á adorar al verdadero Dios, al Dios que Remigio nos predica." Clodoveo, complacido de ver á su ejército con los mismos sentimientos que él, emplazó el día, con San Remigio, para recibir el bautismo, y quedaron de acuerdo que sería en la **Vigilia de Navidad**. Remigio, que queria poner á la vista de los francos un aparato sorprendente con cuanto nuestra religion tiene de mas augusto, en sus sagradas ceremonias, nada omitió para hacer á ésta muy brillante. Mandó adornar la Iglesia y bautisterio con ricas tapicerías: hizo encender un gran número de cirios, cuya cera estaba mezclada con preciosos perfumes; de suerte que el lugar santo parecia estar lleno de un olor celestial. Nada hay mas patético que la descripcion que tenemos de los nuevos catecúmenos: las calles y las plazas se entapizaron, y marcharon procesionalmente con los santos Evangelios y la cruz, desde el palacio del príncipe hasta la Iglesia, cantando himnos y letanías. San Remigio llevaba al rey de la mano: la reina le seguia con las dos princesas, hermanas de Clodoveo, y mas de tres mil hombres de su ejército, la mayor

parte oficiales, á quienes su ejemplo habia ganado á Jesucristo. Luego que llegó el rey al bautisterio, pidió el bautismo. El santo obispo le dijo: "Príncipe cicambro, dobla la cabeza bajo el yugo del Todopoderoso: adorad lo que habeis blasfemado, y pisad lo que habeis adorado hasta ahora." Habiéndole hecho confesar despues la fé de la Trinidad, le confirió el bautismo y le ungió con el santo crisma. Los tres mil francos que le acompañaban, sin contar con las mugeres y los niños, recibieron al mismo tiempo el bautismo por los obispos y los ministros que habian venido de Reim á esta ceremonia. Las dos hermanas de Clodoveo, una recibió el bautismo, y la otra que era cristiana, pero que habia tenido la desgracia de caer en la heregia, fué reconciliada con la uncion del santo crisma. La noticia de la conversion de Clodoveo, llenó de júbilo á todo el mundo cristiano. El papa Anastasio tuvo, sobre todo, el placer mas sensible, tanto, cuanto que esperaba tener en este príncipe un poderoso protector de la Iglesia. Era en efecto el único soberano que entonces habia católico. Despues que abrazó la verdadera fé, no cesó de protegerla; ejemplo que sus sucesores han imitado por mas de doce siglos, y que les ha hecho dignos del título de Reyes cristianísimos.

VIRTUDES DE SANTA GENOVEVA.

 **CL**ODOVEO miraba con mucha veneracion á una santa niña llamada Genoveva, que vivia en su tiem-

po, y se habia hecho célebre en toda la Galia, por la pureza de su vida y fama de sus milagros. Habia nacido en Nanterre, cerca de París. San Germano, obispo de Augerre, pasando por este lugar, advirtió en ella alguna cosa extraordinaria: la eshortó á que consagrarse á Dios su virginidad: la condujo á la Iglesia, y le dió la bendicion de las vírgenes. El dia siguiente le preguntó si hacia acuerdo de su promesa; y luego que ella le respondió, que ayudada de la gracia de Dios la cumpliria, le dió el santo una medalla de cobre, en que estaba grabada una cruz: le encargó que la trajese siempre pendiente de su cuello, y le prohibió que se adornase con alhajas de oro, plata ó piedras preciosas. Desde entonces hizo Genoveva grandes progresos en la virtud: juntó á la inocencia los rigores de la penitencia mas austera. Comia solo dos veces en la semana: su alimento no era mas que pan de cebada, y su bebida solo agua. Un ayuno tan rigoroso, era sostenido por una oracion ferviente y casi continua: derramaba en la presencia de Dios tanta abundancia de lágrimas, que empapaba la tierra. Su virtud no la puso á cubierto de los tiros de la maledicencia y la calumnia; mas ella les oponia únicamente la dulzura y la paciencia. Dios cuidaba de defender su inocencia: hizo resplandecer su santidad, dándola á conocer con el don de los milagros y de profecía, que le concedió. Habiendo pasado el cruel Atila por un lado de París, causó su marcha las mas violentas conmociones en esta ciudad. Genoveva eshortó á sus habitantes á que aplacasen la cólera de Dios con las súplicas y oraciones de los ancianos y de los niños; y unida á ellos, les aseguró que

no llegaria á entrar á París este azote. La prediccion se cumplió, y París quedó libre. Despues de este acontecimiento, todas las prevenciones que habia contra ella, se disiparon é hicieron lugar á unos sentimientos de respeto y de confianza: de todas partes venian á implorar el socorro de la santa. Todo le era fácil cuando se trataba del servicio de Dios y provecho del prójimo. Por el crédito que le habia adquirido su virtud, proyectó por último, edificar una Iglesia en honor de San Dionisio y sus compañeros: en un tiempo en que se padecia la hambre y la escasez, emprendió un largo viage para hacer que se condujesen los víveres de que tenian necesidad los parisienses. En ninguno se ha visto con mas claridad como en esta virtuosa niña, cuán respetable es la santidad. La envidia, que primero la habia perseguido, se vió en la necesidad de elogiarla: no obstante sus continuas mortificaciones, llegó á una avanzada ancianidad: despues de haber pasado 90 años en la práctica de toda suerte de buenas obras, murió en el año de 511. Fué enterrado su cuerpo junto al sepulcro de Clodoveo, en la Iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, la cual en el dia de hoy tiene el nombre de Santa Genoveva. Los beneficios que ésta hizo á la ciudad de París, no terminaron con su vida: continuó despues de su muerte protegiendo á la capital, que la honra como á su patrona, y mira sus preciosas reliquias como un sagrado, á donde jamás ocurren en las públicas calamidades, sin lograr el socorro.

el 1770